

Suscripciones de Madrid  
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

# EL CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82.  
Barrio de Salamanca.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.  
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 26 DE SETIEMBRE DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.  
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

## SUSCRICION

para erigir un modesto monumento á Miguel Cervantes  
Saavedra en Alcalá de Henares.

	Rvn.
Suma anterior.....	2.859
D. Emilio Ruiz de Salazar.....	20
Un alcalaino.....	20
D. Eduardo de Aza.....	10
	2.909

En Madrid se reciben las suscripciones en la administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2, y en la calle de Carretas, 3, depósito de objetos de óptica del Sr. Linares, óptico de S. M.

## COSAS DEL DÍA.

Hoy tenemos poco que decir.

Y lo vamos á decir en estilo telegráfico.

Pretendiente manifiesto fanfarronadas. Carlistas activos miranle reojo, carlistas ojalateros escamados.

Señora Pretendiente entró Tolosa con chicos. Trata animar muchachos para seguir guerra. Muchachos no se divierten.

Poco dinero, muchos palos.

Carlistas Cataluña partidos por eje.

Jovellar y Martínez Campos los dejaron *despatarrados*, como *Melchora en Vuelta mundo*.

Carlistas entran Francia, muchos. Guerra acabará pronto. Carlistas conociendo hacen oso.

Publicada Circular política gobierno. Cortita, bien parlada. Elogia Cánovas justamente. Proclama conciliación, tolerancia etcétera. Veremos.

Madrid, treinta teatros. Faltan cómicos. Gente ganas divertirse. Carácter propio español. Más tronados, más alegres.

Lizárraga vino. Presentóse. Vive Madrid. No le visito.

Acompáñanle ayudantes y médico.

Háblase mucho Circular Nuncio.

Exageraciones todos sentidos.

Billetes Banco descuento. Cola larga.

Mujeres más lujo cada día.

Maridos peor humor, menos dinero, más trampas.

Y hasta otro día.

## SEÑORAS Y TORETES.

Estaba mi salerosa persona delante de la *Cibeles*, esperando la llegada del *tram-vía* para que me trasladara á mi casa por cuatro cuartos.

Hacia rato que esperaba, porque no sé qué avería había ocasionado la detención del carruaje frente á *Apolo* (el teatro de Apolo, quiero decir) y no acababan de arrancar los dos mártires que venían tirando de aquella mole. Y me entretenía en leer los carteles de los espectáculos del día: uno de ellos fué el que más llamó mi atención. Anunciaba una función de toretes, que son ménos que toros; pero esto solo no hubiera llamado mi atención; lo que me sorprendió fué leer que los toretes iban á ser lidiados, no por toreritos, que son los que corresponden á toretes, no por aficionados de cierta ciencia y práctica taurómaca, no por niños donosos, que también los hay que, en su tierna edad, ya dan muestra de que, andando el tiempo, han de emular la gloria imperecedera de los Montes, Chicianeros y Pepetes... sino por... ¿no adivinan ustedes?... ¡por señoras, señores, por señoras!

Y entré en tan gran curiosidad de admirar á las señoras que iban á picar, banderillar, rejonear y estoquear á los toretes, que me propuse aprovechar los billetes que bondadosamente me había enviado la sociedad taurómaca.

Gran multitud había invadido la plaza de los Campos Eliseos, donde se verificaba la corrida, y todo aquel público ilustrado, inteligente y respetable, es-

taba lleno de curiosidad y de impaciencia por conocer á las señoras que con tan admirable bizarría iban á dar gallarda muestra de su esforzado aliento, de su valor sereno. Sus nombres se oían en todas las conversaciones, todos los espectadores se preocupaban de aquel sorprendente espectáculo, de aquella manifestación de protesta de unas señoras valerosas contra esa calificación injusta de debilidad que de antiguo se dá al bello sexo, y todos dudábamos que salieran airoso en su empresa, que humillaran y vencieran no solo á los toretes sino también á los hombres presumidos y farfantes, que se han llegado á figurar que solo ellos pueden con los toretes y con los toros y hasta con los elefantes.

De pronto sonó un grito general de admiración. ¡Ah! exclamaron mil quinientas ó dos mil bocas más ó ménos grandes, y en seguida sonaron voces en todos los tonos, voces de hombres, voces chillonas de señoras del público, voces de chicos y silbidos prolongados y carcajadas, no homéricas, ni histéricas, sino estúpidas.

¿Qué sucedía?

Que se presentaba la cuadrilla de caballeros y señoras, y el público, siempre amable é ilustrado, la saludaba. Las señoras eran tres, dos montadas y una de á pié. Colocóse cada cual en el sitio conveniente y salió el primer torete. Las dos señoras montadas en caballos hambrientos y enfermos de enfermedad crónica, hicieron cuanto pudieron por acreditar su valor. Pica en ristre esperaban al torete, pero se hizo cargo el animal de que eran señoras y no las quiso acometer, por donde se ve que también los animales son á veces bien educados y corteses. Tocó el timbalero á banderillas, y las señoras montadas echaron pié á tierra y requirieron las banderillas. Los hombres que se dedican al oficio del toreo suelen elegir la pica ó la capa ó la banderilla, pero no se sabe que los banderilleros sean picadores; las señoras, por lo visto, lo mismo pican que ponen banderillas ó dan el quiebro, ó despachan al bicho de cuatrocientas estocadas en un periquete. Afortunadas estuvieron en la suerte de banderillas las dos hermosas damas, y buena ovación de silbidos lograron, compensando este general y satisfactorio aplauso el disgusto de rodar por el suelo ó de recibir algún testarazo del torete, que ya empezaba á desconocer á las señoras, porque al fin y al cabo el animal estaba cargado de tan prolongada fiesta y aturdido de tanto correr y de tan espantosa gritería. Una señora morena, bien parecida, cogió el estoque y la muleta, y se fué al torete derecha. ¡Pobre animal! del torete hablo, ¡pobre y simpático animalito!... ¡Con qué pena tan grande ví tu martirio! ¡con qué dolor oí tus lastimeros mugidos! ¡con cuánta lástima te ví arastrándote, rotas las manos, chorreando sangre, pidiendo compasión á la cuadrilla de señoras y caballeros que te dió tormento tres cuartos de hora!... Pero en fin, el ilustrado público se divertía con la agonía del inocente animal y con los pinchazos, carreras, saltos y caídas de las señoras y los caballeros, y hube con esto de consolarme de la pena que me diera la triste suerte del bruto.

El segundo torete fue rejoneado por las señoras, que por lo visto, en tratándose de toros, no hay manera de atormentarlos que ellas no entiendan, y tuvo mejor suerte que el primero, porque su muerte fué más pronta. El modo de matarle, dicho sea con perdon de los inteligentes, no puede ser más atroz. Pusiéronle en el testuz un paquete de pólvora, diéronle fuego y ardió la cabeza del animal, cayendo este en horrible convulsión, en medio de la regocijada gritería del público, asombrado de tan bonita diversion.

Aquí concluyeron sus tareas las señoras, que se retiraron del redondel tan satisfechas y ufanas, y bien podían estarlo, que no es cosa baladí y que necesite pocas cualidades eso de presentarse unas señoras, pongo por caso, á correr y picar toros. Supongo que no habría ningun extranjero en la plaza, y lo celebro muchísimo, porque al fin, hay cosas que conviene que no las vean los de fuera de casa.

Hubo otros dos toretes, que sufrieron martirio, sobre todo el último, contra el cual no solo emplearon toda su destreza los señores toreros aficionados, sino

una gran parte del frustrado público que bajó á la plaza; de suerte que bien se puede afirmar que había sobre doscientos hombres, entre chicos y grandes, contra un animalito herido, postrado, inofensivo, que en aquel trance, era indudablemente un sér muy simpático á los ojos de las personas de buenos y rectos sentimientos.

Salió de la fiesta cuando se concluyó, porque no había medio de salir antes.

Y hé escrito estas líneas para que no quede ignorada la gran corrida de toretes en que tomaron parte tres señoras, que no dudo llegarán á alcanzar gran fama, si continúan cultivando sus excelentes dotes y notables cualidades.

Y vean Vds. cómo se divierte el pueblo de Madrid.

ETCÉTERA.

## FERIA DE MADRID.

Sépan todos los nacidos que ya comenzó la feria, porque si yo no lo anuncio no se acuerda nadie de ella. Allá en Atocha los puestos están puestos en hilera, y todos los vendedores que vaya la gente esperan, pero la gente parece que no está ya para ferias, y allí la están esperando con afán de complacerla. Allí hay buenas acerolas que ponen largas las muelas y membrillos hay más ágríos que el geniazo de las suegras; melocotones muy recios de la tierra aragonesa, nueces lo mismo que puños y avellanas que están huecas; rosquillas de Fuenlabrada hechas el año cuarenta, y la cabeza te rompen si te tiran una de ellas: hay manzanas y melones que de nuestra madre Eva y de nuestro padre Adán los altos hechos recuerdan, y las dulces azofáifas que á las doncellitas prueban cuando están alicaidas y toman jarabe de ellas; hay sandías que son sándias pues solo en ellas se observa, en algunas sí no en todas, el color de la vergüenza, que es cosa que ya en desuso ni con un candil se encuentra; y hay garbanzos muy tostados que dan á los dientes guerra, y á quien los come, en el vientre se le hace pared maestra;... hay callos y caracoles y vino cuanto se quiera, y leche vista ordeñar solo por el que la ordeña. Ya ven ustedes, señores, cuánto bueno hay en la feria. Allí, el que no tenga casa y se proponga ponerla, encontrará cuantos muebles magníficos le convengan. Hay lujosas sillerías de buen damasco de seda que si se les ponen muelles y un buen forro se les echa, y se les pegan las patas pueden quedar como viejas; hay bonitas mecedoras que ni el diablo las menea,

y catres hay habitados  
por legiones beneméritas  
de chinches muy conocidas  
de huéspedes de á peseta  
con principio, pues en ellos  
se cebaron con fiereza;  
hay cómodas donde anida  
la vil polilla perversa,  
y muebles que del diluvio  
á la mente traen escenas,  
con mil ignotos secretos  
donde por azar se encuentran  
algun ochavo moruno  
del tiempo de Abenhumeya,  
alguna carta amorosa  
de don Roque á doña Tecla,  
ó de Eva la minuciosa  
cuenta de la lavandera.  
Hay retratos de familia,  
padre, madre y una perra  
que juega con los dos hijos  
y allá en el fondo la abuela,  
aquella con traje verde,  
él muy puesto de chorrera,  
con una cara de risa  
que parece un gran babieca,  
y los dos hijos parecen  
dos lobitos de edad tierna;  
hay cuadros para el adorno  
de habitaciones diversas,  
*Malek Adhel y Matilde,*  
*Atala,* comiendo hierba,  
los doce pares de Francia  
con el rey de Inglaterra;  
y otras bonitas estampas  
que causa admiracion verlas.  
Hay allí de loza fina  
las más escogidas muestras,  
platos pintados de verde  
que verlos solo envenena,  
soperas monumentales,  
fuentes que si las cogiera  
un curioso numismático  
diria:—«Son de Pompeya»,  
y fueron de un señor cura  
que las compró en Talavera;  
hay copas con iniciales  
que fueron del amor prendas.....  
¿dónde estarán los amantes  
que bebieron vino en ellas?....  
*Ya ven ustedes señores*  
*cuánto bueno hay en la feria.*

Los que son aficionados  
á poseer obras buenas,  
vayan á la feria, vayan,  
y hallarán lo que desean.  
Allí las *Constituciones*  
se están vendiendo por gruesas,  
y los discursos políticos  
de las grandes eminencias;  
las *Guías de Forasteros*  
pueden tomarse á docenas,  
y junto al *Año cristiano*,  
obras de Bárcia se encuentran;  
y hay obras de medicina  
que están por el medio abiertas,  
donde se ven en el texto  
unos brazos y unas piernas  
sin pellejo, y en la página  
siguiente, una dama bella  
que está pariendo dos chicos,  
el uno con tres cabezas;  
los retratos de Espartero  
están con los de Cabrera,  
los de Prim con los de Olózaga,  
y Zorrilla con melenas  
al lado del Chiclanero  
que tiene á sus piés la fiera;  
los hay de los diputados  
de las Cortes bullangueras,  
y allí está D. Amadeo  
de uniforme hecho un *etcétera*,  
y Ruíz Zorrilla de fraque  
con mucha prosopopeya  
en actitud de soltar  
un discurso de tres leguas;  
allí está Pi, que parece  
un mago de una comedia,  
y Figueras, el amable,  
que no ha roto una cazuela,  
y aquel gran Gonzalez Iscar,  
que se le hinchaba la pierna  
cada vez que la república  
le daba alguna jaqueca;  
en fin, el que quiera hacerse

con una serie muy buena  
de retratos de políticos,  
que son plaga verdadera,  
y de estampas progresistas  
y federales viñetas,  
que representan motines,  
palizas y otras escenas,  
propias de gente que tiene  
los cascos á la gineta,  
que vaya á la feria, digo,  
y hallará lo que desea.

Pues ¿y la seccion de ropas?...  
Ropas hechas y deshechas  
no las hay en ningún sitio  
como las hay en la feria.  
Allí hay un traje colgado  
que fué de la Magdalena,  
y lo han usado despues  
muchísimas hijas de Eva  
que no se han arrepentido  
como arrepintiése aquella:  
el corsé de Mesalina  
allí, en un clavo se muestra;  
cerca se vé un uniforme  
de miliciano, gran prenda,  
que colgadas en los hombros  
aún tiene las charreteras;  
allí, colgado en un palo,  
se vé un fraque de etiqueta,  
y quien lo usó en el Hospicio  
está contando lentejas:  
allí hay mantas, colchas, sábanas  
que á fé, si hablaran, pudieran  
contar tremendos dolores  
y conmovedoras penas;  
pero ya me pongo triste  
y no quiero dar tristeza  
á los lectores benévolos  
y á las lectoras discretas,  
y aquí el romance se acaba  
y vámonos á la feria.

ETCÉTERA.

## HINCHAR A UN HOMBRE.

—¿Pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? preguntaba el loco del prólogo de Cervantes.

—¿Les parece á Vds., añado yo, poco trabajo, hinchar á un hombre?

Pues esto, ni más ni ménos, es lo que en nuestra patria se repite diariamente, en beneficio de unos pocos y á costa del trabajo de muchos.

Llegan á la capital de España un diputado novel, un provinciano rico, un aprendiz de poeta ó un actor en agraz; y llegan predestinados á la celebridad. Globos vacíos, pasan desapercibidos en un principio, escurriéndose entre la multitud que no les sabe apreciar; pero un amigo imprudente y periodista da la primera señal de alarma, el campanillazo de atencion, con media docena de líneas hábilmente redactadas.

«Ha llegado á Madrid, — escribe, — el jóven diputado por Algarrobilló y Majuelar D. N. N., cuya acta llamará notablemente la atencion, así por lo novelesco de la eleccion como por las noticias que tenemos del arranque oratorio del diputado, á quien sus amigos califican de *Castelar con historia*.»

Si el recién venido no es diputado, y si solo un rico de pueblo, el suelto puede redactarse en estos términos:

«La caridad de D. M., propietario de Retamarejo, reclamaba horizontes más extensos que los de aquel pueblo y su comarca, y se ha venido á Madrid. Los pobres madrileños están de enhorabuena.»

Si es un literato, dirán los periódicos:

«El renacimiento literario de nuestra patria es una verdad innegable. Madrid cuenta desde ayer con un nuevo poeta, destinado á ser el encanto de los salones, por la facilidad con que improvisa. Delante de nosotros improvisó anoche un poema épico y puso en verso en cinco minutos la plana de anuncios de *La Correspondencia*. Ha prometido una tragedia á Vico, un drama á Calvo, una comedia á Catalina y un sainete á Mario.»

Si se trata de un actor, dirá la prensa:

«Romea no ha muerto: Arjona vive: Valero está en Madrid. El génio, carácter y aptitud de los tres se encuentran unidos hoy en D. X., jóven actor, cuyos triunfos en Villagonzalo, Villanueva y Villaconejos le auguran brillantísimo porvenir. El empresario del teatro de España en la plaza de la Paja, que le ha con-

tratado, hará un negocio loco: el nuevo actor ejecutará para su salida el *Otelo* y el *Manolo*, en cuyos tipos brilla igualmente por lo flexible de su talento.»

Gracias á los anteriores sueltos, reproducidos por todos los periódicos, el público más indiferente conoce la existencia del *Castelar con historia*, el caritativo capitalista de Retamarejo, el gran improvisador y el intérprete del *Otelo* y del *Manolo*.

Puede darse el caso de que el primero haga fiasco en el Congreso, el segundo se limite á remediar sus propias necesidades, el tercero no estrene obra que no caiga al foso y la fama del cuarto no pase nunca del teatro de la Plaza de la Paja; pero ni esto es lo más general, ni es irremediable, y con tal de que el orador hable cinco minutos y los demás predestinados á la celebridad obtengan sus primeros éxitos análogos, pueden echarse á dormir, seguros de que la amistad y la admiracion se encargarán de irles hinchando y ponerles en aptitud de que el globo empiece su ascension.

Y si el mérito efectivo les acompaña, si un valor real les hace dignos de elogio, entonces quedarán estereotipados sus nombres en la prensa y serán repetidos incesantemente por todos los lábios. El público será el coro, mientras canten arias el diputado, el capitalista, el poeta y el actor; el ambiente se impregnará con el incienso, resonarán cánticos de alabanza y el globo se irá hinchando, hinchando, ocupará un espacio cincuenta veces mayor que el ocupado en un principio, y tratará de remontarse en los aires.

—¿Qué discurso el de N. N.! Lo ménos le vale una cartera ministerial!

—El llamado al ministerio de Hacienda es D. M., el rico propietario de Retamarejo. Entonces sí que estarían de enhorabuena las clases pasivas.

—¿Cómo lo sabe Vd.?...

—Por su conducta. M. es un hombre que no sale de las behardillas, habitadas por viudas y exclaustrados, en todas las cuales va sembrando beneficios. Asmodeo habla de su caridad en todas las revistas de *La Epoca*, y últimamente ha referido que M. se ha casado por caridad con una pobre vergonzante, que despues resultó que era huérfana de un grande de España.

—¿Gran asunto para un drama!

—Escribiéndolo está Z., el gran poeta improvisador, con tres taquígrafos, que no le pueden seguir. Es admirable el tal Z.: el mes último, hizo y ganó la apuesta de estar hablando treinta y dos horas seguidas en octavas reales, quintillas y espinelas.

—¿Y para quién destinó su obra?

—Para quién ha de ser sino para X., el único que reúne en su persona las condiciones que separadamente caracterizaron á Romea, Arjona y Valero? Eso no se pregunta.

—¿Y dónde la representará? Porque X no tiene teatro...

—Trata de construirse uno para él en el centro de la Puerta del Sol.

—¿Lo que es el talento! Cuando llegó á Madrid trabajó en la Plaza de la Paja...

—Cierto; pero el mérito se abre siempre camino, y desde aquel teatro pasó á la Infantil, á Martin, Eslava, Variedades, Circo, Comedia, Apolo y Español, y no llegó á actuar en el Real por intrigas, envidias y conspiraciones.

—¿Y quién edificará el nuevo gran teatro?

—Sólo hay en Madrid un capitalista capaz de tan alta empresa: el marqués de Retamarejo.

Estas conversaciones, repetidas hasta lo infinito, con escasas variantes, contribuyen á hinchar á los hombres predestinados á volar: nace el axioma de que el orador es una eminencia no ménos elevada que el pico de Teide; que el capitalista lo es más que Crespo; el poeta mayor que Calderon y el actor mejor que Maiquez; el público se acostumbra á pronunciar sus nombres con asombro y á escribirlos entre dos signos de admiracion, y el globo hinchado ya, sube, sube hasta perderse de vista.

Y entretanto el humilde periodista que ha preparado todo el gas para la ascension, y que sigue cobrando con dificultad sus veinticinco ó treinta duros mensuales, repetirá alterando la frase de Cervantes.

—¿Les parece á Vds. que es poco trabajo hinchar á un hombre?

O. y B.

## LAS MUJERES Y LAS MODAS.

ARTÍCULO-CONTESTACION (1).

No quiero yo hombrearme (libreme Dios de tanta audacia) con un escritor muy distinguido y muy es-

(1) Ya verá el discreto autor de este artículo, en el siguiente número de EL CASCABEL, cómo Trueba está conforme con él en cuanto se refiere á las señoras mujeres, aunque á primera vista pareciera que ambos escritores están discordes.

timado por sábios y por indoctos: sus obras corren de mano en mano, multiplicando ediciones, y su nombre es conocido en los salones suntuosos y en los modestos hogares y repetido donde quiera con afición cariñosa.

El que suscribe estas líneas debe á aquellas obras horas de solaz inolvidables y aprecia y respeta desde niño, aun sin tratarle, al autor de los *Cuentos de color de rosa* y de *El libro de los cantares* y de tantas otras inimitables producciones, ya familiares á extraños como á propios. Tal atractivo ofrecen y tal encanto las avalora: y es tambien que los libros de Trueba *huelen á honradez*.

Pero este escritor ilustre y querido ha deslizado la pluma en EL CASCABEL del domingo 19 de Setiembre, que acabo de leer, y á pretexto de condenar las *modas femeniles*, ha lanzado acusaciones, quizá injuriosas, á las que él, por otro lado, llama con deleite «hermosa mitad de la humanidad», «señoras mujeres que, generalmente hablando, son cosa muy mona.»

¡Y tan mona, Sr. Trueba! En esta acepción figurada de la voz, reconozco de buen grado, en cuanto á la mujer, la verdad de las teorías de Darwin sobre el origen de los bípedos racionales. Por esto mismo, porque son muy monas, voy yo, si Vd. me lo permite, á defender á las señoras mujeres de los ataques que en su artículo les prodiga con motivo, ó mejor, bajo apariencia de ridiculizar una de las manías que más las preocupan.

Y escribo «manías» con toda conciencia: lo cual puede probar que en el fondo, *in euentia* que diría un erudito, quizá coinciden el que firma estos renglones y el autor insigne del artículo que los inspira. Hecha tal salvedad, insisto, no obstante, en mi propósito de armarme de todas armas, embrazando escudo que no carece de arrogante empresa. Tal vez fuese gráfica, para explicar esta mi actitud, una frase vulgar entre políticos de tribuna y de periódico: «Yo sigo á mi partido (léase á la mujer) hasta en sus mismos lamentables extravíos.»

Yo la admiro, sí, cuando la veo arrastrando por el suelo una vara de vestido y cuando la veo con un promontorio en la cabeza; cuando la veo escueta y ceñida, dejando adivinar sus perfecciones y cuando la veo ó la supongo á través de una atmósfera de sedas y gasas.... y ¡polisonas! Siento que se me haya escapado la palabra.

Siempre es á mis ojos la dulce Eva, compañera y tutelar del hombre, en quien mira éste la redentora de su vida y la madre de sus hijos. Siempre es para mí una diosa, como ha dicho Madame de Stael; siempre es ángel de amor que suspende alrededor del hombre las flores de la vida, como las enredaderas de los bosques que adornan el tronco con cadenas de guirnalda perfumadas, según ha escrito Chateaubriand.

Miren Vds. esa rubia pálida, que atraviesa la calle en este instante: «doradas son sus trenzas como el sol y grandes son sus ojos como el mar» (no reivindico la gloria de la metáfora); es blanca y delicada como la azucena y como la azucena perfuma el ambiente en que se mece. ¿No se extasian Vds. contemplándola?

Pues miren Vds. ahora á la otra acera y fijen la mirada en aquella majestuosa morena, de ojos petroleros y palmito revolucionario, que deja al marchar olor á pólvora... y que es *muy maestra marchando*. ¿No sienten Vds. el vértigo del mareo?

¡Ay! si la una encanta, subleva la otra y arrebatada. Y ¿qué importa que la una arrastre cola y que la otra gaste botas con tacon de á palmo? ¿Qué importa que la una se haya pintado un lunar en la barbilla y que se haya levantado la otra el moño ocho pulgadas sobre el nivel frontal?

Allí hay de todos modos una rubia y una morena bonitísimas: dos criaturas capaces de sacar de sus casillas al caballo de bronce de la Plaza Mayor. Y lo más que cabe decir es que enamoran, á pesar de sus galas, cuando creen embellecerse *gracias* á ellas. Siendo además preciso convenir en que ha dicho verdad un poeta, que me es muy simpático, al exclamar por boca de un personaje en una de sus zarzuelas:

A la mujer más bonita,  
A la de mejor contorno  
Le sienta bien el adorno  
Que ni honradez ni amor quita.

Lo que puede discutirse, en efecto, es la índole del adorno; pero ¿estamos nosotros autorizados para ello? Nosotros, los señores hombres, por los cuales y en honor á los cuales se componen y se arreglan y se perfilan y se adornan las señoras mujeres?

Es nuestra situación, en el asunto, idéntica á la en que se halla el convidado á un festín que en su obsequio se prepara. ¿Cómo, sin incurrir en nota de descortés, ha de permitirse rechazar los manjares que se le sirven? Ni es decoroso que avise anticipadamente cuáles son los platos que le gustan.

Yo he llegado á saber—y la noticia me espeluznó—

que en Madrid existe y cuenta numerosa y aristocrática parróquia un ciudadano apreciable que se dedica á confeccionar vestidos de señora; un *modisto*, en fin, según parece que se nombra él mismo. Quiero suponer que limita sus funciones al corte y cosido de los trajes, pero aun así y todo le considero, sin vacilar, ser confeso y convicto de intrusión. ¡Una modista macho! ¿en qué país vivimos?

Y éste, por lo demás, es solo ejecutor desinteresado de las órdenes que recibe, sujetándose en absoluto á las prescripciones de la deidad voluble. Pero, ¡ay del mundo el día en que nosotros, los señores hombres, entráramos á sangre y fuego en el santuario de la moda, derrocando al ídolo é imponiendo á ellas, las señoras mujeres, por Dios nuestra autoridad, por religión nuestro capricho!...

Suprimiríamos las colas, es cierto... ¡y sabe el cielo hasta dónde llegaríamos en el camino de las supresiones!... No me atrevo á imaginarme á la mujer vestida según la moda que inventara el hombre.

Dejémoslas, pues, que vistan á su gusto, ávidas de adivinar y complacer el nuestro. ¡Son de todas suertes *cosa tan mona* que bien podemos perdonarles algún pequeño exceso! Y tanto más, atendido el fin laudable que se proponen. Laudable, aunque lo niegue el señor Trueba. ¿Hay nada en ellas más digno de lo que ese afán constante que demuestran de agradar á los señores hombres?

Léjos de enojarnos é increparlas, hemos de enorgullecernos y darles muchas gracias cada vez que inventan un lazo ó un perifollo ó un gorro nuevo. Cada moda que introducen representa un capital de tiempo y de imaginación consagrado al sexo feo. Bien es verdad que cada satisfacción de estas que nos procuran, nos cuesta otro capital muy estimable.

Pero en un punto tiene Vd. de su parte toda la razón, Sr. de Trueba. ¿Por qué se ponen las señoras mujeres esas sortijillas y guedejas y garrambainas pegadas á la frente con saliva ó cosa así? Confieso que pierdo las más dulces ilusiones cuando miro como sucias y sin barrer (perdon por la figura) aquellas frentes blancas, que Dios hizo tan despejadas y tan puras.

Y entónces exclamo á mi vez, de acuerdo con usted:

«¿Por qué, ciega, la mujer  
Que es también de Dios hechura  
Con empeño desfigura  
Los encantos de su ser?»

F. JAVIER UGARTE.

## LAS CORRIDAS DE TOROS.

Sr. San Rafael:

Muy señor mio: Me place en estas mis últimas líneas sobre las taurinas fiestas, poder dirigirme á usted, y más, mucho más quisiera poder hacerlo á su nombre, no al del santo que Vd. hace suyo. Respeto su deseo, y nada digo; mas mi curiosidad, que así la llama, era justa, ya que deseaba conocer la persona con quien tenía el honor de terciar en el debate sostenido.

Y que estas líneas son las postreras, puede haberlo comprendido ya, atendiendo á la indicación que apareció en este periódico casi á continuación de su artículo último.

Usted sostiene su bandera, yo la mía: debo, para terminar, sentar mi opinión sobre las razones ó tesis que sienta en su carta inserta en el número 38 de este ilustrado periódico.

Para mí es de muy poco valer que el propietario de una plaza saque una renta buena ó mala: es este un beneficio particular, no general, y por tanto no merece ser considerado.

Lo mismo digo respecto á los recursos que puedan producir esos espectáculos á los establecimientos de beneficencia. Son tantos los beneficios, que he visto no han dado resultado alguno positivo; son tantas las veces que he podido considerar en esta tierra, patria de los toros, que los pobres llevaban una pequeña parte de lo que venía á ser ingreso general—porque los gastos consumían casi la totalidad—que yo me he reído de esos bienes que se hacen en grande para que luego aparezcan imperceptibles. El que dá unas pesetas para una corrida de toros, puede cederlas para los pobres: si la caridad necesita entre nosotros de esas fiestas, hay que confesar que la caridad no existe en nuestros corazones.

Y si esos argumentos no tienen importancia efectiva, no debe corresponder una muy grande al que usted expone después y que me recuerda lo que pasaba por esta tierra de María Santísima cuando la locomotora vino á cruzar por vez primera nuestras campiñas. Lamentábanse entonces los ignorantes de que el ferrocarril mataría los otros medios de conducción, y suponían que los caleseros, cocheros y otras gentes ha-

bían de morir de hambre. No tengo que decir á Vd. si eran justos los temores que aquí abrigaban; y no hay para qué decir que los toreros y demás individuos que lucran y viven de los toros tienen ante sí el trabajo en sus distintas fases, y podrían vivir, si no en tanta holganza, al menos con tanto regalo, si suerte tenían en la profesión que adquirieran, fuera ésta la que pudiera ser.

Es verdad que las corridas de toros proporcionan trabajo á menestrales y artistas, como también que ofrecen ganancias á las empresas de ferro-carriles, y contribuyen á sostener las cargas públicas; mas aunque así sea, no resulta de todo ello un beneficio á la nación que no pudiera ser fácilmente sustituido. Las ferias, veladas, fiestas y regocijos de todas clases dan pan á los trabajadores y empleados que para efectuarlas se necesitan; esas mismas fiestas promueven el movimiento de viajeros; y por lo tanto, si los sangrientos espectáculos, que Vd. llamaba brillantes fiestas nacionales, fueran sustituidos por fiestas de paz y de cultura, nada ni nadie podría verse perjudicado.

En cuanto á las contribuciones que se satisfacen por esas *luchas*, no son más que las que ellas mismas excitan que se paguen con los perjuicios que ocasionan á la agricultura, base segura de riqueza y bienestar para todas las naciones y muy particularmente para nuestra patria.

Las reses bravas alcanzan un valor subido: lo sé y lo saben conmigo todos los españoles que comen malas carnes, que pagan caras, gracias á que dehesas riquísimas y que podrían alimentar gran número de cabezas de ganado, son destinadas á un pequeño número de toros que han de criarse en condiciones particulares para que sean feroces en la lidia y maten muchos caballos. Nadie puede desconocer la utilidad de las dehesas destinadas á pastos; pero no se trata de eso, pues es el caso que aquí, en nuestra hermosa Andalucía, se crían pocos toros bravos donde podrían hallar abundante pasto muchas vacas y bueyes, que son destinados á otras más pobres dehesas porque sus carnes no darán un valor tan alto como dará el toro de casta. Para los españoles vale más tener toros hermosos que ver lidiar, que reses sanas y gordas que destinar á su alimento: tal, al menos, se debe comprender y aun deducir de la marcha generalmente seguida. El placer bárbaro y cruel vale más, por desgracia, que la buena alimentación.

Creo, pues, estimado señor, que los beneficios que menciona, ó no lo son, ó vienen á ser verdaderos males, notables perjuicios. Y aunque Moratín amara los toros y aunque los ame y á ellos asista España entera—que no es así, por fortuna—seguiré creyendo lo mismo.

Son inmorales las corridas de toros, y lo expresaba claramente en mi anterior artículo. Usted considera inmoral sólo lo que ataca al pudor, al decoro; yo llamo inmoral, en el verdadero concepto que ha de darse á la palabra, á todo lo que es contrario á los sublimes principios del bien. Son inmorales—no lo niego—esas representaciones no estéticas que hoy se dan en nuestros teatros; lo son bajo otro concepto, y con una tan terrible influencia las taurinas fiestas que Vd. defiende. Y aunque nadie tenga que confesarse del horrible pecado de asistir á esos espectáculos, serán contrarios al bien. No sólo el pecado está vedado al hombre; hay actos que no lo son y que no debe hacer.

¿Acaso Vd. no lo reconoce así?

No importa que vayan todos á los toros; no importa que todos asistan: al asistir se hacen solidarios de esos actos que no son buenos, ni dignos, ni filantrópicos: además que las desgracias que ocurren en las lidias no son tan eventuales como Vd. supone: á cada momento acontecen, como consecuencia natural de ellas. El que va á esos espectáculos, asiste expuesto á ver la muerte de un semejante suyo; y si tal pasa, se hace en cierto modo solidario de su muerte, ya que ésta no tendría lugar si el público no hubiera por absoluta unanimidad asistido á la plaza. Tal es, al menos mi pobre pero firmísima opinión.

Podría citar á Vd. el reinado de Fernando VII, en que los toros llegaron á su más notable apogeo, y la patria á su completa ruina; podría igualmente indicar el reinado de la primera Isabel, en que España fué grande con una reina que aborrecía esas fiestas, que le causaban horror; podría á Vd. decir que Alfonso el Sábio denigraba en sus Partidas á los que se dedicaban por lucro á esas lidias; no creo faltar á la verdad diciendo que esas luchas están prohibidas ó poco menos en la Novísima Recopilación, y que no han faltado papas como San Pio V que las prohiba, ó Gregorio XIII y Clemente VIII, que les pusieran impedimentos.

Y para terminar, las ocupaciones que sin un bien directo para la sociedad ó para la patria, predisponen á una muerte desastrosa, deben ser reprobadas; sin que por eso sea necesario ser fraile, ni cosa semejante, pues léjos del coro y del refectorio encuentra el hom-

bre benéfico y humanitario el campo de su actividad, no egoísta ni interesado, sino libre, fecundo en bienes sin cuento para la humanidad entera, llevando por lema en su bandera el bien y la justicia, y por guía único la propia conciencia: así la sociedad será grande y la humanidad marchará por el camino del progreso, senda donde no cabe el mal en ninguno de sus aspectos, donde no pueden encontrarse las corridas de toros.

Queda, ante el deseo del director de EL CASCABEL, terminado por mí este debate, dejando plantada mi bandera en el seguro y firmísimo baluarte del bien, que la defiende: Vd. se servirá concederme el honor de admitir como no dicha la más pequeña é insignificante palabra que haya podido herirle en lo más mínimo, y en ello me causará placer muy grande.

Satisfacción notable hubiera sido para mí haber merecido de Vd. la distinción de que revelara su nombre, pues así hubiera podido saber á quién podía realmente ofrecer, como lo hago aquí á Vd., el testimonio de la más distinguida consideración con que queda á sus órdenes, atento servidor Q. B. S. M.

EDUARDO THUILLIER.

Puerto de Santa María, Setiembre 20 de 1875.

## CASCABELES.

Mi tocayo D. Carlitos—ha dado otro manifiesto,—animando á los señores—que le llaman rey y dueño,—aunque empiezan á escamarse—y muchos le dicen: ¡Vuelvo!—Fanfarrón y muy finchado,—viene en ese documento—á decir en resumidas—cuentas que le den dinero.—Bien tonto será el incauto,—sobre incauto y tonto nécio,—que dé un ochavo á D. Carlos—aunque se lo pida en griego.—¡Vaya con el señorito!—¡cómo le gusta el jaleo!—y hacer de rey y lucirse—sin exponer el pellejo!—Acabará, lo aseguro,—si señores, lo preveo,—por hacer que sus amigos—que ya le van conociendo,—le digan el mejor día:—¡Váyase usted á paseo!—porque ya nos tiene usted—cargados hasta los pelos,—y usted no vence, y nosotros—la vida expuesta tenemos,—y ni usted es rey, ni nada—mas que un pretendiente ciego—que no paga con mil vidas—los daños que tiene hechos.»

La señora del Pretendiente ha venido á España con sus hijos.

No comprendo cómo una señora que es madre puede ver con calma que su marido sea causa de tantos desastres.

Será que yo no lo entiendo.

—¿No sabe Vd. una cosa?  
—¿Cuál es?  
—¿Qué llegó la Fossa.  
—¿La cantante distinguida?  
—Sí señor.  
—Muy bien venida.

Quiero que vayan Vds. al Circo de Price á ver el *Viaje á la luna*, y pasarán un rato divertidísimo, cosa muy conveniente para distraer el ánimo de las preocupaciones y azares de la vida.

Yo no me canso de ver las preciosísimas escenas del *Viaje á la luna*, y como me intereso por Vds., quiero que también disfruten ese placer.

Doy mi enhorabuena á los señores del Circo de Price por la ingeniosísima idea de esa pantemima.

Cinco reales cuesta cambiar un billete de cuatrocientos, si no se quiere ir á perder tres ó cuatro horas para poder cambiarlo en el Banco de España, que tiene obligación de cambiar sus billetes.

De modo que rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Los maestros públicos de Barcelona cobran treinta y cinco pesetas mensuales para pagar la casa.

¡Canario! todos vivirán en palacios como el de Salamanca ó como el que se está arreglando Manzanedo en la calle del Príncipe.

Ese se llama tener suerte.

Segun el *Magisterio*, á un maestro de un pueblo de la provincia de Almería, que tiene 2.500 rs. de sueldo y propiedades que le producen cuatro duros al año, se le ha impuesto por concepto de consumos una contribución de 440 rs. y un pico.

Me parece bien. ¡Y todavía se quejará el hombre, cuando se le considera uno de los más importantes contribuyentes del pueblo!

Magnífica es la tragedia—intitulada *Virginia*—que representa en Apolo—de Vico la compañía.—La señora Lamadrid,—que es incomparable artista,—con talento extraordinario,—y sin igual bazarria,—interpreta el gran carácter—de la gran protagonista.—¡Y qué diremos de Vico?...—No es posible que se diga—todo aquello que merece—este actor que honra á Talía.—Todos, todos cuantos toman—en *Virginia* parte activa—cumplen de modo que el público,—que siempre lo bueno estima,—con verdadero entusiasmo—les aplaude y les anima.—Al autor, el gran Tamayo—la enhorabuena le envía,—por lo mucho que se aplaude—su gran tragedia *Virginia*,—quien le quiere, y le requiere—y su gran talento admira.

Segun dice *El Siglo Médico*,—periódico que lo sabe,—hay casos de reumatismos—mono ó poli-articulares,—y bronquitis de los tubos—lo mismo chicos que grandes,—y pneumonías fibrosas—y más que esto catarrales.—Siguen fiebres eruptivas—que son molestas en grande,—y las afecciones crónicas—continúan agravándose—si tocan á aquellos órganos—útiles é indispensables—llamados respiratorios,—sin los que no vive nadie.

Para que ustedes se cuiden—les doy noticias tan graves,—que el tiempo es ocasionado—á muchas enfermedades,—y acecha la *Funeraria*—con todos sus cachivaches—para enterrar con salero—á quien no quiera cuidarse.

Con un gale afinador—y con poco miramiento—se fué, en Lorca, del convento—una esclava del Señor. Más ¡oh! fortuna maldita,—su gozo ha sido en un pozo—pues ya está en el calabozo.—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!—Yo no he inventado este cuento,—los papeles lo cantaron—y el lugar determinaron—y hasta el nombre del convento...

Me dicen que ha sido preso—en la culta Badajoz—un hombre muy tremebundo—que era gran secuestrador—de niños. Un escarmiento—hágase con tal bribón—para que de ejemplo sirva,—que ya es hora ¡vive Dios!—de que no se quede impune—tanto criminal feroz.

Con los mejores auspicios se ha inaugurado el nuevo Teatro de la Comedia, en la calle del Príncipe. El local es preciosísimo, y honra á su arquitecto y á cuantos han tomado parte en la construcción y decorado del mismo. La compañía que el Sr. Mario dirige

es muy buena, y el público espera fundadamente que las señoras Valverde, Fernandez y Genovés y los señores Mario, Zamacois y demás artistas le van á dar sabrosísimos ratos en esta temporada, que indudablemente será próspera y feliz para el nuevo Teatro de la Comedia. Así lo deseamos.

Preciosa composición—es la comedia famosa—de *La verdad sospechosa*—que escribió Ruiz de Alarcón.—Profunda, moral, discreta—y de agradable argumento,—revela bien el talento—del maltratado poeta,—y á D. Manuel Catalina,—un aplauso he de enviar—por que nos hizo admirar—esa joya peregrina.—¡Qué bien él representó—el papel de D. García!—y ¡qué bien su compañía—en los otros le ayudó.—Mi cordial enhorabuena—doy á todos los actores,—tan dignos sostenedores—del honor de nuestra escena.

Ahora es la época de obsequiar á los niños, y me parece que en vez de comprarles figuritas y figurones, sables de hoja de lata y caballitos de cartón, más les convendrá la suscripción al ameno periódico *Los Niños*, que constituye el recreo más útil é instructivo para la infancia.

En la administración de EL CASCABEL puede ver el público números y tomos completos de esta elegante publicación.

Dice *El Anfiteatro Anatómico Español* en su último número que el Sr. Frontaura es presidente de la *Sociedad protectora de los animales*.

Cuando *El Anfiteatro* da la noticia sabida la tendrá, pero yo, que soy la persona á quien alude, no tengo conocimiento de que soy presidente de esa Sociedad.

D. Saturnino Gimenez ha publicado un libro titulado *Cartagena* (Recuerdos cantonales), que contiene curiosas noticias acerca de la dominación de los federales en aquella ciudad en época no muy remota.

Merece leerse este libro que encierra no pocas enseñanzas.

Veán Vds. qué anuncio tan cuco publica el *Diario de Barcelona*:

«Casamientos. Desde hoy nadie debe casarse á disgusto. Para esto no se necesita pasar meses ni semanas; una vez hecho y aceptado el encargo se presenta en seguida una novia, si ésta no gusta, otra, hasta hallar una que agrade en todos conceptos. Mendizábal, 1, 1.º»

Esta manera de entrar en el gremio de San Marcos, trae á mi memoria aquello de que rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

## ADVERTENCIA.

Los suscritores de EL CASCABEL, cuyo abono concluya en Setiembre, ó en Octubre, ó en Noviembre ó en Diciembre, y lo renueven por un año recibirán de regalo en el mes próximo el

### ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION PARA 1876.

Para recibir el regalo es indispensable renovar la suscripción, aunque no haya terminado el abono.

IMPRENTA DE EL CASCABEL,

Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos.)

# ANUNCIOS.

À REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

À REAL LA LINEA.

## LA FUNERARIA.

PRECIADOS, 70.

DESPECHO DIA Y NOCHE.

Casa especial para toda clase de servicios y construcción de efectos fúnebres. Diligencias civiles y estatísticas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y al extranjero por coches especiales construidos al efecto.—Suministrándose gratis toda clase de permisos, regámenes al público nos consulte antes de adquirir ningún compromiso.

VÍCTOR HUGO.

*El último día de un sentenciado á muerte.*  
Traducción de Mariano Blanch.

*El rey de muerte y el verdugo*, por José de Espronceda: forma junto 1 tomo en 8.º mayor y véndese al precio de UNA PESETA en las principales librerías de Madrid y provincias.

Los pedidos dirigirlos al editor Manuel Sauri.—Barcelona.

## LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA

POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid. . . . . 40 reales.

» » en provincias. . . . . 50 »

Por seis meses 25 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administración.

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

## BARAJA GEOGRAFICA

DEDICADA Á LOS NIÑOS

por el coronel geógrafo

SEÑOR LOPEZ FABRA

Util é instructivo entretenimiento para los niños. Quedan poquíssimos ejemplares, y se venden á 8 rs. en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute 2. Se envían á provincias á quien remita 8 reales á la Administración de EL CASCABEL.

## MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edición aumentada con el precioso canto.

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

## TESORO DE JUEGOS DE SOCIEDAD

Modo de jugarlos, reglas y leyes de los juegos siguientes:

El tresillo.—Agedrez.—Revesino.—Ecarte. Burro.—Mosca.—Zancanete.—Lotería.—Whist-Boston.—Treinta y una.—Cientos, escritos, normandos, robados ó cientos á cuatro.—Bonillete.—Pámfilo.—Imperial.—Dominó.—Damas.—Chaquete.—Billar.—Bá-ciga.—Ciudadela.—Oca.—Solo.—Malilla Batalla.—Mediator.

Un tomo en 8.º de 316 páginas, precio 6 reales en Barcelona y 7 en provincias.

Hállase de venta en las principales librerías.—Los pedidos al editor Manuel Sauri Barcelona.

## PLEITO DEL MATRIMONIO

seguido en verso entre

TEODORO GUERRERO

RICARDO SEPÚLVEDA,

entendiendo en él como jueces y letrados

Angela Grassi, Antonio Arnao, Antonio Hurtado, Antonio Trueba, Carlos Frontaura, Gaspar Nuñez de Arce, Juan Eugenio Hartzenbusch, Manuel Cañete, Manuel Ossorio y Bernard, Narciso Serra y Ventura Ruiz Aguilera.

Tercera edición de lujo, corregida y aumentada con un acta del Juicio de conciliación, con una tercera y un corolario del pleito.

8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Esta edición, independiente de los *Cuentos de Salon*, hecha en papel de lujo y á dos tintas, con doble lectura que las anteriores, se vende á 8 rs. el ejemplar en Madrid, librería de la Plaza de Matute, 2.

En provincias 10 rs. el ejemplar, haciendo los pedidos á los Sres. Guerrero y Frontaura, calle de Serrano, 82.